

fosos de los castillos de sus señores para que con su canto no los despierten por la noche, y el de tener que saltar por los muros del cementerio los que se casen, etc.

Todo esto es nada en comparación de lo que resultaba del derecho de caza que es el que determina en los campos cuando la revolución estalla en todas partes á la vez, todos sus excesos. Es necesario consagrar á este derecho algunas líneas para comprender toda la extensión de los abusos que se querían remediar.

Si en un principio el derecho de caza pudo ser, no aseguraremos que jamás haya sido así, la facultad que el señor se reservara para cazar en todas sus tierras, luégo el despotismo señorial, convirtió todas esas tierras en sotos cerrados para su uso, pues reglamentaba el cultivo de ellas de modo que favoreciera la caza cuya conservación además se puso bajo la vigilancia y responsabilidad de los que habían adquirido de cualquier modo que fuese parte de sus tierras. Prohibíase, pues, que se arrancaran aquí las yerbas, allá las malezas, en otra parte que se cegaran las aguas pantanosas, etc., todo para que la caza tuviera sus comodidades. Y si en una partida, la caza ó los señores ó sus lacayos destruían una cosecha que era todo lo que poseía el labrador, éste lejos de quejarse tenía que poner buena cara al señor, único medio que le quedaba para obtener una indemnización. Pero como lo que convenía al señor era que sus tierras estuvieran llenas de caza y ésta podía también ser perjudicada por los perros de las casas de labranza, los perros destinados á la guarda de las casas, y los de los pastores, que podían ahuyentarla, no podían correr libres y sueltos sin exponerse á que los guardas del señor les dieran muerte, y áun esto era soportable, lo inicuo, lo increíble es lo que el Tercer estado de Auxerre denuncia para que se reforme, esto es, el que dichos perros sólo después de romperles previamente las corvas, ó de colgarles torgas al cuello para que no pudiesen correr, podían ir sueltos.



Dejémonos de sentimentalismos y riamos á la vista de los tormentos que se aplican á los perros de los ganaderos para que no espanten las perdices y liebres de los señores. Riamos al ver á los perros cojos ó jadeando por el peso de las torgas marchando al frente del ganado á los pastos. ¿Acaso nuestra crueldad, nuestra barbarie, no nos dejará sentir el insulto que se nos hace obligándonos á someternos á tanta dureza sólo para que los señores no se vean perturbados en sus placeres? La vista de aquellos perros cojos, ¿no nos dice que hay algo que cojea en la sociedad y que este algo es la justicia?

Para terminar, diremos que en varios cuadernos, muy pocos de las órdenes privilegiadas, se encuentran consignadas algunas reformas, sin duda alguna estimables, y naturalmente las que afectan á lo más insoportable, pero en donde esto sucede, el sistema, el privilegio permanece en pié. Mas, no siempre pudieron ponerse de acuerdo los privilegiados para proponer algunas de esas reformas.

Ejemplos tenemos como el del clero de la Turena que mereció de la nobleza severísima repulsa, fundada ésta en que no habiendo en parte alguna la nobleza consentido reformas como las que le pedía el clero turanés, no quería ella comprometer por sí solo á toda la nobleza del reino.

El espíritu reformista ó liberal de las órdenes privilegiadas no iba, pues, tan adelante como han supuesto los que, ateniéndose á casos excepcionales, han pretendido que fué la demagogia la que impidió que el bien que hizo la revolución se hiciera pacíficamente. Los privilegiados no retrocedían ante lo más liberal si ésta no tocaba á sus privilegios de clase, y por esto hemos visto al conde de Entraigues convertido ora en demagogo político, ora en el más anti-reformista socialista, cuando la revolución después de todo, y Taine lo ha confesado, fué una revolución social, que se consumó al grito de ¡Viva el alodio libre!



CAPITULO XVII

LAS ELECCIONES

Disgustos sobre la manera de elegir los diputados.—Irritación de la alta aristocracia.—Mirabeau disipa el disgusto del Tercer estado.—Elección de Mirabeau.—Suscítanse iguales disgustos entre el clero.—Resultado de sus elecciones.—Amaños y cohechos electorales.—Elecciones del duque de Orleans y del conde de Artois.—Elección de Lafayette.—Las elecciones en las asambleas de segundo grado.—Sallier dice que solo elegían á los más furibundos.—Observaciones de Chérest.—Carácter de la oposición radical.—Triunfo de Mirabeau en Aix y Marsella: fábulas de que ha sido objeto.—Elecciones de Rabaut-Saint-Etienne y Boisy de Anglas.—Situación política de París.—Intransigencia del clero.—Debilidad del prelado de París.—Elecciones de la nobleza de París.—Elecciones del Tercer estado.—Cuadro que de ellas hace Sallier.—Motivo de la lucha.—Restablécese la armonía.—Sus resultados.—Actitud del gobierno y de la corte.—El gobierno oculto.—Vuelve Malouet á excitar á Necker á que influya en la marcha política.—Opiniones de Malouet.—Conferencias con Necker y sus amigos.—Su grande importancia para la historia de la Revolución.—Actitud del rey y de la corte.—Revelaciones del conde Miot.—Opinión de Droz.—La Polignac y la reina.—Los príncipes.—Prepárase el golpe de Estado.—Descubre Necker la conspiración de la corte.—Imprudencias de los conspiradores.—Por qué la presente el público.—Nuevas revelaciones del conde Miot.—La tertulia de la reina.—Consecuencias inmediatas.—El incendio de la fábrica Reveillon.—Misterio que la envuelve.—Resuelta actitud de la fuerza pública.—Cómo se habían refugiado en París los pobres de toda Francia.—Cómo fomenta la inmigración el gobierno.—Peligros que envolvía para lo futuro esta concentración.—Cómo creía Malouet que se podía conseguir la paz pública.—Actitud de los despechados.—Las elecciones en el Delfinado.—Disgustos de los vencidos.—Su reclamación contra el sistema censitario.—Formulan el programa de la revolución del siglo XIX.



HEMOS llegado al último acto del antiguo régimen; á las elecciones. Prescindamos de las dificultades reglamentarias que encontraron y vengamos á sus resultados, pues las transacciones que fueron necesarias aquí y allá para llegar al cumplimiento del acto no fueron en sí las que disgustaron á los privilegiados, sino el resultado mismo de las elecciones. Nosotros veremos al terminar como los que más debían aplaudir el que se hubiese limitado el sufragio por el censo, como sucedió en París y en el Delfinado, fueron los primeros en protestar contra el censo cuando vieron fallidas sus esperanzas, bien que naturalmente el dis-

gusto provenía de que se llamara á todo el mundo, dentro de sus respectivas órdenes, á la elección de diputados, cuando lo que los privilegiados querían, era que se conservase la antigua forma, ó sea la designación de los diputados por los Estados provinciales, y si esta forma prevaleció en algún punto como en el Delfinado, dicho se está que esto se debió á su revolución.

Los más irritados eran los aristócratas, los grandes señores, que habiendo vejado por tantos años á los mismos hidalgos ahora se encontraban absorbidos por esto por razón de su número, y estas cuestiones entre los miembros de las dos órdenes supe-

riores fueron las que supieron aprovechar Carlos de Lameth y Robespierre para salir elegidos en el Artois.

También en algunos puntos y en particular en la Provenza, el Tercer estado se manifestó algún tanto vacilante, pues al fin y al cabo, los grandes burgueses corrían el peligro de verse postergados por los últimos de su clase, pero un enérgico folleto de Mirabeau disipó todos los escrúpulos y asegura su elección que hubiese sido imposible por medio de la elección por los Estados provinciales, pues dicho se está que el que había sido expulsado de los Estados no podía esperar que éstos le enviaran ahora á los *Estados generales*, y en efecto, Mirabeau fué elegido por el Tercer estado, y aquí merece recordarse que habiendo suscitado en el seno de la sociedad de los Treinta Lafayette la cuestión de si los nobles debían procurar la representación del Tercer estado, Mirabeau combatió rúdamente la afirmativa que sostenía el general, creyendo, sin duda, impedir la elección de éste para quien nunca tuvo simpatías, y los resultados fueron todo lo contrario. Lafayette fué elegido por su orden, y Mirabeau, como hemos dicho, fué elegido por el Tercer estado.

La misma cuestión aparece, naturalmente, en las elecciones del clero. Sallier dice: «En la orden del clero los curas rurales, dueños del sufragio por su número, llevaban á menudo el desorden y la confusión en las Asambleas y elegían entre ellos los diputados, dando de esta suerte auxiliares al Tercer Estado.» Chérest añade: «el caso es que las elecciones del clero se distinguen por un rasgo característico: el número considerable de simples curas que merecieron los sufragios. Pero esto debía, naturalmente, esperarse del hecho mismo de que formando ellos la mayoría debían, naturalmente, atribuirse la mayoría de elegidos... Pero, después de todo, las quejas del partido vencido, como de costumbre, están llenas de una singular exageración. El alto clero distaba mucho de salir tan maltratado como se decía. Entre los diputados elegidos, cuarenta y seis pertenecían al obispado, y si en la lista se notan varias omisiones que de pronto causan extrañeza, hay que tener presente que las más de las veces causas particulares las explican ó justifican.» En efecto, ¿quién había de pensar en la elección de Lomenie de Brienne? ¿Quién en la del famoso arzobispo de Narbona, presidente de los Estados del Languedoc, en los que hizo la más enérgica oposición á la forma de elección que al fin prevaleció? ¿El arzobispo de Embrun no se había indisputado con la mayoría de la población del Delfinado?

Además, el alto clero estaba también representado por otras grandes dignidades fuera de las episcopales. Los agentes generales, como el abate Montesquieu, que fué elegido; los grandes vicarios, los canónigos, los abates comendadores, los priores; en fin, el mismo cardenal de Rohan fué elegido; elección que, naturalmente, no pudo anular Luis XVI, llevándose el consiguiente disgusto.

¿Hubo también sus cohechos, sus amaños electorales? Puede que sí, pero los ejemplos que se citan son poco pertinentes. Si el duque de Orleans no hubiese sido elegido por la nobleza parisién de intra-muros, pudiera creerse amañada la elección del duque por Villers-Cotterets y por Crepy, pero si no amañada influida, lo fué la del conde de Artois, su antípoda, por la pequeña senescalía de Tastas. Chérest no lo ve así, fundándose en que primero se propuso la elección del senescal, que ya había sido elegido por Nerac el día anterior, y por donde había aceptado, y luégo se indicó á su padre, que se excusó por su avanzada edad. ¿Estas designaciones no revelan la comedia? Lafayette, por conformarse á las decisiones de la sociedad de los Treinta, vió comprometida su elección, pues se presentó á la elección por su orden en Riom, y si las intrigas de la corte no le impidieron, por fin, salir proclamado, por lo menos consiguieron imponerle unos cuadernos en los que iban consignados todos los principios que él había combatido en la Asamblea de la bailla. Tan posible se creyó la derrota de Lafayette, que el Tercer estado de Riom le tenía reservado un puesto para caso de salir derrotado.

En donde las intrigas de toda clase tuvieron más amplio campo en que moverse, fué en las Asambleas de segundo grado. Sallier dice que en ellas sólo tenían probabilidades de ser elegidos los que demostrasen ó hubiesen demostrado mayor odio contra la nobleza. «La indicación no carece de valor,—dice Chérest.—pone de relieve uno de los principales móviles á que obedecieron los electores del Tercer estado. Hacía más de un año que la aristocracia francesa no había retrocedido ante imprudencia alguna. A fuerza de desafiar la irritación pública, acabó por determinar contra ella una corriente revolucionaria. Primero se había atacado á la vieja monarquía, al despotismo ministerial, á los excesos del poder central y á sus agentes. Ahora, era á las órdenes superiores á las que se atacaba. La lucha que había principiado en nombre de la libertad, continuaba ahora más ardiente que nunca en nombre de la igualdad, cuyo carácter ya no debía perder.

»Motivo había, en verdad, para que se diesen á

reflexionar los individuos de la aristocracia que se habían lanzado al movimiento liberal, pero ninguno se inmutó por las tendencias de las masas populares, cuyas perspectivas se ofrecían á sus ojos. Todos ó casi todos continuaron sosteniendo altamente, y sin restricciones, la causa del Tercer estado. Esto se vió durante el curso de las elecciones, en las que se pusieron al servicio de los candidatos más avanzados, algunas veces al de los más radicales.»

El clero, el alto clero, no dejó de seguir el ejemplo alguna vez. ¿Quién se constituyó en protector de Petión, Brissot y del abate Sieyes? El obispo de Chartres, pariente de la condesa de la Seynie, la ninfa hegeria de Brissot. Si sólo pudo sacar á Petión, suya no fué la culpa; ¿qué no hubiera hecho el obispo por complacer al amigo de la condesa, que sólo fué elegido para suplente?

Grandes eran, pues, las corrientes, cuando lo mismo arrastraban á los príncipes laicos que á los seglares. Pero para no equivocarnos es preciso tener bien presente que los más osados no creían sino en una reforma constitucional monárquica. Que Dios mismo, si hubiese bajado del cielo á decirles que todos ellos trabajaban para la ruína de la monarquía y triunfo de la república, no hubiera encontrado doce hombres que lo hubiesen creído. Después de todo, ¿podemos olvidar que la república sólo contaba á la sazón con cuatro apóstoles? Esto es lo que á todos daba confianza y seguridad, y como las luchas por la igualdad no podían disgustar á los que abominaban de sus derechos feudales por inhumanos, injustos y vejatorios, nada había aquí que pudiera asustarles. Cuidemos, pues, una vez más de no creer posible en 1789 lo que ni siquiera se había entrevisto en sueños. Los que proponían desborbonizar la Francia, lo mismo que los que en sus cuadernos llegaban hasta al rey, nunca creyeron tocar á la institución á la monarquía. Cómo la república se impuso y se impuso mal y á un pueblo mal dispuesto para tenerla, ya lo iremos viendo.

Pero de todas las elecciones, ninguna que haya dado tanto que hablar como la de Mirabeau, por su triunfo en Aix y en Marsella. Se ha llegado á decir que Mirabeau, para captarse el favor popular, había puesto tienda de lencería en Marsella, en la que puso un letrero que decía: *Mirabeau, marchand de draps*. Todo esto no son mas que necedades. Después de su actitud en los Estados provenzales, su elección era segurísima. Y no hay duda que el mismo irreflexivo acto de dichos Estados le aseguró su

triunfo, pues Mirabeau, que para hacer dinero, que siempre le negó su padre, el *amigo de los hombres*, que no lo fué jamás de su hijo, había vendido á un librero de París una obra escandalosa sobre la corte de Prusia, que fué condenada por inmoral, tuvo que escapar de Francia; pero, arreglado este punto, su vuelta á la Provenza en los días de elecciones fué para él un triunfo, pues sus admiradores llegaron hasta el punto de creer que la publicación de dicho libro la habían hecho sus enemigos para perderle. Júzguese de ese entusiasmo por lo que refiere la *Historia de la Revolución, escrita por dos amigos de la libertad*, obra contemporánea de los sucesos que narra. «En Aix,—dicen,—la joven burguesía le dió guardia de honor; en Marsella su coche fué arrastrado por el pueblo. Durante su estancia en esta ciudad, se daban bajo sus ventanas, fuegos artificiales y bailes perpetuos, tal era el espectáculo que ofrecía la alegría pública. En la Comedia se le señaló un sitio de preferencia. En fin, se le puso una corona sobre la frente, en medio de las más vivas aclamaciones.» Que Mirabeau se sintiera orgulloso por su triunfo, nada más natural. Había sido éste tan ruidoso y tan espléndido, que ya la atención pública no pudo separar de él, hasta el momento de su muerte, sus miradas.

Dejémonos, pues, de buscar lo extraordinario en su elección, y no hagamos caso de la carta que el despedido Portalis escribió para explicar un triunfo en Aix. Portalis no le pudo perdonar su derrota en la que se empleó con toda la impetuosidad de su carácter, no Mirabeau el patriota, sino el marido ofendido por el abogado en la causa de divorcio de que hemos hablado entre Mirabeau y su mujer.

Elecciones no menos significativas fueron las de Rabaut-Saint-Etienne y Boissy de Anglas, dos protestantes, dos apóstoles de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa. Era el Languedoc, era la tierra de los albigenses y de las dragonadas la que enviaba como formados de la carne de sus gloriosos mártires, á los defensores de la más preciada de todas las libertades, de la de poder confesar y comulgar públicamente con lo que la conciencia afirma y cree. El Languedoc, pues, al elegir á Rabaut que había conseguido el edicto favorable al Estado civil de los protestantes gracias á sus virtudes y á su cristiana elocuencia, y cuya vida había de coronar con la corona del martirio que por tanto tiempo vió suspendida en su niñez sobre la cabeza de su madre y de su padre, dió un ejemplo á Francia y á la Revolución una de sus principales figuras. Y ¡quién lo creyera! es en París en dónde tiene